

Abdallah Al Zayoud

Devours Himself Starting at His Feet

يلتهم نفسه بادئاً بقدميه

Translation by Noemí Fierro (Spanish)

SE ENGULLE A SÍ MISMO EMPEZANDO POR LOS PIES

Capítulo 2

Entre las casas, a la espalda de un centro comercial grande y cerca de una tienda donde vendían pañales de niño y productos de limpieza, fui invitado a visitar a Azraq, en su casa, por primera vez. Nadie antes se había sentado con él, no había hecho ninguna declaración para la prensa ni jamás había saltado al barro en una entrevista.

El galardonado con el Premio de Novela Árabe en dos ocasiones (que no recogió personalmente), premiado en el Certamen del Relato Breve (que recogió el editor) y con el Premio Nacional de Creación (al que envió al director de una institución benéfica que trabajaba con los huérfanos para que lo recogiera en su nombre) permaneció oculto a las miradas hasta que decidió por su cuenta invitarme a su casa, escondida entre las viviendas de Al Guwairiya, un barrio de la ciudad de Zarqa.

Le pregunté por email:

—¿Por qué me has elegido a mí?

—Porque si tú no lo hicieras, invitaría a otro.

Así me respondió, y yo me disculpé por la pregunta.

Fui pasando entre las casas, buscando un tienda que vendiera productos de limpieza, después de coger un autobús en la estación antigua de Zarqa. Me bajé en un cruce que había nombrado en su email. Me escribió: «Di: En la mezquita Al Uchra, en el distrito dos». Y eso fue lo que hice, pero la mezquita Al Uchra no reaccionó ante mí de ninguna manera.

Extendiendo la mano con suma educación, le había preguntado al chófer por segunda vez.

—Disculpe, ¿el distrito dos?

Me miró como si yo fuera un montón de basura y acercando su jeta a la mía, me soltó:

—¿Me ves cara de imbécil?

—Perdone —pronuncié desconcertado.

—Ya me has avisado de la maldita parada o ¿es que te crees que no entiendo?

Traté de disculparme, pero él estaba demasiado ocupado soltando improperios, la mayoría insultos, aunque en mi fuero interno sentí que no iban dirigidos a mí en concreto, sino que me había tocado en suerte representar el papel de recepcionista de insultos destinados a un sistema que detestaba.

Después guardé silencio hasta que uno de los pasajeros intervino.

—¡El distrito dos, jefe!

Esperó a que se parara el autobús y luego saltó. Yo dudé un poco antes de levantarme y volví a preguntar:

—¿El distrito dos es aquí?

—Ha quedado detrás —dijo el chófer después de que el autobús retomara la marcha.

Respondió con frialdad, mirándome a los ojos y aguardando alguna reacción por mi parte que no le cayera en gracia.

—Bien, bien... Páreme aquí.

Detuvo el autobús, mirándome desafiante, aunque yo no era parte del asunto, en absoluto

Me bajé y desanduve el recorrido a pie hacia el lugar indicado y al entrar en una droguería, me apresuré a saludar.

—Muy buenas.

—La segunda puerta.

Respondió un hombre, señalando con la mano desde debajo del mostrador, donde andaba buscando algo.

—Gracias.

No respondió.

Me dije: «Azraq lo ha dispuesto todo». Llevé la mano al bolsillo exterior del maletín, inspeccionando la grabadora, y procedí a arreglarme la camisa, aunque mi elegancia se esfumaría tras tocar a la puerta.

La puerta parecía que había sido encajada a presión entre dos tabiques, como si fuera la entrada a la cabeza de una tortuga tumbada panza abajo. Pensé en aquello mientras esperaba que alguien me abriera.

—¡Bienvenido!

Dijo lanzándose hacia mí, por lo que extendí la mano para saludar, pero él, en menos de la mitad de un segundo, retrocedió, buscando algo donde hacerme sentar.

—¿Esto te viene bien?

Me preguntó ofreciéndome un cojín con una forma geométrica extraña. Fue entonces cuando aprecié la marca de una herida en su cara, cerca del ojo derecho, que se extendía hasta internarse en el pelo de la barba y luego desaparecía.

Asentí con la cabeza.

—Claro, por supuesto.

Y le agarré el cojín con la misma mano que había extendido para saludar.

No estaba yo para oponerme a sentarme en un cojín, tuviera la forma que tuviera.

—Perdona, no estaba preparado para recibirte —se frotaba las manos—. ¡Bienvenido!

No parecía preparado para recibir a nadie en realidad, como si le hiciera una visita sin cita, e incluso cuando toqué la puerta varias veces, asomó primero la cabeza con cautela y reticente.

—¿Quién?

—Yo —contesté y no me dio tiempo a presentarme.

—Adelante, bienvenido, bienvenido.

Dijo corrigiéndose y se metió en la casa sin abrir la puerta, lo que me obligó a empujarla a mí.

Dejé vagar la mirada entre su persona y el suelo mientras cargaba con el cojín.

—No te preocupes —le dije.

Era un hombre de mi quinta, terminando la treintena, con una cara impresionable, de tal forma que te hacía creer que sus ojos eran los ojos de otro ser que, agazapado dentro de su cara, lo controlaba.

—¿Me siento aquí? —pregunté en postura medio de reverencia.

—Sí, claro, si quieres.

Y miró el lugar, vacilando por si tuviera otro sitio mejor donde ubicarme.

Tomé asiento en medio de una habitación donde no había nada más que una silla y un rincón en penumbra abarrotado de equipos de fotografía. Los rayos del sol penetraban amarillos, entrecortados, por entre las aspas de un ventilador de succión colgado en la cocina que generaba un efecto similar al que ofrecía el escenario de las películas antiguas.

Le pregunté en tono informativo:

—Tú eres Azraq entonces

—Bienvenido.

Me daba su perfil izquierdo mientras hablábamos, como haría un niño culpable que presiente el bofetón.

—Gracias.

Y se hizo el silencio que interrumpió el maullido lascivo de un gato, como el trueno de un frío vendaval.

Recordé el mensaje del correo electrónico. Cuando lo leí, noté el poderío y la fuerza de su autor. Sentí que me amenazaba, pero en ese momento, una vez en su casa, no veía más que a un hombre débil que juntaba las piernas hacia el pecho y se inclinaba encima de ellas como un erizo sin púas.

—Gracias por la invitación —le dije tratando de abrir una puerta al diálogo.

Mirando por debajo de su densa melena hacia el bolsillo de mi maletín, preguntó:

—¿Eso es una grabadora?

—¿Sí? —contenté con tono de pregunta

El maullido del gato se hizo notar de nuevo.

—Necesitaré un poco de tiempo hasta acostumbrarme a ella.

—Estos gatos no se cansan de pelearse.

Asintió con la cabeza, dándome la razón.

—¿Quieres...Quieres beber algo?

—¿Qué tienes? ¿Café?

—Café, por supuesto, tengo café.

Pero siguió sentado en su sitio. Entonces me adelanté a preguntarle:

—¿Me levanto para hacerlo?

—No, no te molestes. Te traigo yo los elementos.

No entendí. ¿Los elementos?

Y al momento desapareció en una de las habitaciones de donde volvió con un hornillo de gas y una bolsa de café. A continuación, desapareció de nuevo y regresó con agua, una cafetera y una bolsa de azúcar. Lo puso todo delante de mí.

—Adelante, por favor.

Pensé: «¡Esto no estaba previsto! ¿Que yo me ocupe de preparar el café para los dos?».

—¿Cómo lo tomas?

—Con tres cucharadas de azúcar.

Respondió frotándose las manos y los dedos de los pies, como si estuvieran en medio de un diálogo acalorado. Se acordó de la cuchara, y se fue a cogerla, luego volvió a hacerlo una vez más y se ausentó para volver con dos tazas.

Se hizo el silencio de nuevo, pero esta vez no hubo nada que lo interrumpiera.

—¿Desde cuándo vives en este barrio?

—Desde hace mucho tiempo.

Me observaba mientras yo removía el agua encima del hornillo. Y, con una frase entrecortada, me preguntó:

—¿Te ha...resultado...difícil llegar hasta aquí?

—No, no ha sido difícil llegar. Parece que tuvieras todo organizado.

—No, no he organizado nada.

Se abrazó las piernas.

Preparé el café, lo serví en las tazas y le ofrecí una. Me examinaba. Yo también a él.

—¿Lo tomas dulce, como yo?

—A veces, cuando me codeo con gente importante.

—Gracias. Gracias.

El segundo «gracias» estuvo más cerca de un susurro.

—Quizás, lo mejor que has hecho hasta ahora —dije esta vez con sarcasmo— sea no haberle mostrado tu personalidad real a nadie.

—Puede ser —respondió como un relámpago.

La discusión entre los dedos de sus manos ardió un poco más. Se le dilataron las pupilas.

—Me cuesta relacionarme con la gente.

—Entendido —afirmé asintiendo con la cabeza— ¿Y por qué me elegiste a mí en concreto?

—Porque si tú no lo hicieras, invitaría a otro.

Lo dijo con resolución y fuerza, sin trastabillarse ni titubear.

Tragué saliva. «Aquí hay algo que no se entiende», me dije, y sentí como si un líquido frío saliera a borbotones de una zona que tuviera reservada por detrás de mis ojos.

Silencio.

—¿Empezamos?

Se dio un golpe en los muslos y se puso de pie.

—Naturalmente.

Posé la taza de café que tenía en la mano, impulsado por la curiosidad.

—¿Quieres preguntarme?

Se aflojó la tensión con la que entrelazaba la dedos de sus manos y yo confirmé mi deseo de empezar, haciendo el amago de levantarme.

—Naturalmente.

—Quédate ahí.

Y me hizo un gesto con la mano para que me quedara sentado.

—¿Podría utilizar la grabadora?

Me resultaba difícil hablarle desde aquella postura.

—¿Me dejas que te de algunas instrucciones?

Era la pose de un gigante pidiéndole permiso a una hormiga.

—Instrucciones ¿sobre qué? —le pregunté.

—Me refiero, si quieres grabar algo, te diré: ¡Graba!, y tú presionas el botón de la grabadora, ¿de acuerdo?

Esta era la primera vez que se dirigía a mí mirándome a los ojos.

—De acuerdo —respondí.

Entonces empezó a recorrer la habitación de arriba abajo.

Me di cuenta de que tenía un agujero en el jersey de lana que llevaba puesto. Era de esa clase de agujeros que hacen las fábricas locales, con líneas accidentales y colores que van bien con los pantalones vaqueros, rojo, gris y azul marino, lo que les hace ser más propios de la clase obrera que otros. Cogí aire, tratando de mantener la compostura delante de él, pero me pilló por sorpresa su transformación, justo en un momento en el que pensaba que lo había entendido todo y empezaba a vacilarle. Se giró hacia mí. Todo lo que había pasado entre nosotros durante los primeros minutos parecía como el calentamiento de un jugador profesional previo a un partido de verdad en el que daría todo lo mejor de sí.

Él no me daba tanto miedo como el miedo que me provocaba una reacción imprevista por su parte, o sea, el miedo a lo desconocido.

Recordé un texto que leí de un escritor en el que hablaba sobre los nombres y cómo estos rebajan la frialdad de las cosas, y la frialdad aquí de la fiera, como él decía, la fiera es un ser necesariamente desconocido que conforme empieza uno a conocerlo va despojándose de su fiereza poco a poco.

Deseaba despojar a aquel hombre de la frialdad, poco a poco, hasta encontrarle un calificativo nuevo, distinto a aquel por el que lo conocía la gente: Azraq, Azul, un seudónimo que no servía más que para otorgarle más misterio a una personalidad ya de por sí misteriosa.

Tratando de empezar una de esas entrevistas que solía escribir, le pregunté:

—Bien, Azul, ¿qué es la escritura?

—No está suficientemente claro —respondió sin dejar de moverse por la habitación.

Pensé que estaría cavilando para añadir algo más, así que esperé un poco.

—¿Eso es todo? —le pregunté al fin, instándole a hablar— Puedes divagar si quieres.

—Sí...No, eso es todo.

Y siguió recorriendo la habitación de arriba para abajo.

«Me va a costar mantener una conversación con él», me dije para mis adentros.

—Bien, ¿de dónde sacas los personajes de tus novelas?

—¿Qué quieres decir con de dónde saco los personajes?

—Me refiero a que de dónde los creas, ¿los construyes partiendo de personas reales?

—Tengo tres personajes en los que estoy trabajando ahora, y los tres, como en el caso de los anteriores, son personajes completamente reales.

Repetí sus dos últimas palabras con tono interrogativo.

—¿Completamente reales?

—Son personajes reales. Se los robo a sus dueños completamente.

No entendí qué había querido decir con «se los robo a sus dueños», así que le pedí que me lo aclarara un poco.

—Ven, que te lo enseño —me dijo.

Y me llevó de la mano hacia el rincón de la derecha, atestado con los equipos fotográficos.

—Esto es la jaula de un hámster.

Dijo aquello y a continuación levantó una tela, como hacen las marcas internacionales cuando descubren un producto nuevo.

Era la jaula de un hámster de verdad, aunque no tenía dentro ningún hámster, sino personajes del Lego.

—Este es Áhmad —dijo llevando la mano a uno de los muñequitos del Lego— Más adelante te diré su apellido. Era conocido por su rapidez y arrojo, pero empleaba sus cualidades para hacer el mal. Por propia voluntad abusó sexualmente de un niño de nueve años. Este es el niño del que abusó.

Señaló a otro personaje del Lego, situado en un rincón de la jaula.

Me gustó la manera de encarnar los personajes y me afectó que se abusara de un niño de aquella edad. Le pregunté:

—¿Quieres decir que te imaginas la historia en esta jaula de hámster antes de escribirla?

—Más bien la recreo.

La jaula estaba dividida con cartones para separar a los personajes en habitaciones independientes. Uno de esos personajes era el conductor de un vehículo que estaba montado fuera de la jaula, encima de la mesa. Le puse la mano encima y lo moví de adelante atrás.

—Y este ¿está esperando su papel en la representación?

—Este personaje terminó su papel hace tiempo. En esta etapa represento la línea del tiempo, cómo empezó la historia y cómo termina. Respecto a los personajes, me interesan sus cualidades, cómo piensan y sus otros atributos porque intento transmigrarlos.

—¿Transmigrarlos? ¿Cómo?

Avanzó hacia el rincón abarrotado con los equipos fotográficos, y dijo:

—Aquí.

Y de sus labios brotó una pequeña sonrisa.

Allí, en la esquina abarrotada de equipos de fotografía, había preparado su encuadre particular. Apartó la única silla que había en la habitación y la puso delante de un fondo completamente negro. Dispuso las luces y examinó el lugar de la cámara. Se mordía el labio inferior mientras estudiaba el encuadre con gran entusiasmo. Le brillaban los ojos cuando dijo:

—Unos segundos y estará todo listo.

Yo no perdía ripio a lo que hacía, mirándolo todo con sumo interés.

—Ahora tomemos como base de discusión que soy un profesor de ciencias.

Se enajó una gafas y se colocó una banda primaveral sobre el jersey de lana, demasiado ligera e impropia para el frío del mes de febrero.

—¿Estás preparado?

Asentí con la cabeza y entonces apretó el botón de grabación y corrió a sentarse en la silla del encuadre.

Y como si hubiera escuchado «¡Acción!», se frotó las manos, se enjugó el rostro con ellas, inspiró profundamente y soltó un suspiro largo, y en el instante que levantó los párpados para enfrentarse a la cámara, se transformó en una persona nueva.

La distancia entre sus ojos parecía ahora algo más grande, agachó las cejas, echó la barbilla hacia delante y empezó a hablar...

No pude ocultar mi sorpresa. Estaba realmente asombrado. Este hombre tenía unas dotes inauditas para la actuación. «Es un actor increíble», murmuré para mis adentros y...